

Bajo las sombras

El misterio de la Escritora I

Stef León

LES
editorial

Primera edición: junio de 2022

© Stef León, 2022

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2022

© Lucía Antru (IG @lucia_antru), ilustración de la portada, 2022

© weirdwithluv y naian_art (ilustraciones interiores y fichas de las alumnas), 2022

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-73-5

Depósito legal: MU 408-2022

IBIC: FRD

Impresión: Podiprint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

*Para Angélica, por luchar a mi lado
contra todos los monstruos.
Y para Canek, el de la buena suerte.
Tu ausencia me empujó a escribir esta historia.*

Tú salías y entrabas a tu antojo,
pero en invierno te quedabas dentro,
orondo con tus pieles de director de funeraria;
soñabas con la luz del sol,
soñabas con gorriones degollados,
gato negro, que ya no estás aquí.

MARGARET ATWOOD, *La puerta*

Hay una cierta Luz Sesgada,
en las tardes de Invierno —
que oprime, igual que el Peso
de la Música en una Catedral —

Una Herida Celeste nos inflige —
y no encontramos cicatriz,
sino un cambio por dentro,
en el lugar de los Significados —

Nada puede explicárnosla — ni Nadie —
es el Sello de la Desesperanza —
el dolor imperial
que nos viene del Aire —

Cuando llega, el Paisaje presta oído —
y las Sombras — contienen el aliento —
Al irse, se parece a la Distancia
con que mira la Muerte —

EMILY DICKINSON, Poema 258



¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?

Prólogo

Ofelia Barozzi observó el entierro desde la última fila. Medio oculta bajo las sombras del luto, contempló el curso de la ceremonia sin moverse ni pronunciar sonido. Cuando el sacerdote les pidió rezar por el alma de la difunta, la anciana mantuvo la mandíbula apretada. «¿Qué clase de salvación encontraría Ylari Amaru en el más allá?», pensó. La rabia reverberaba en su interior, aunque por fuera se mostrara serena, una estatua jorobada y vieja, casi indiferente, una estatua de mármol en medio del cementerio. Nada inusual.

Ofelia Barozzi había cometido errores en la vida, pocos, pero errores garrafales. Sus grandes triunfos tenían esa contraposición catastrófica. Asistir al entierro de su peor enemiga se contaba entre ellos, porque significaba aceptar que la muerte le había arrebatado su tan ansiada venganza.

Le dolía la espalda, como todos los días después de que despertara en el hospital con la columna deformada. La dosis de morfina que había tomado por la mañana no estaba siendo suficiente, así que se tragó dos pastillas, pero, a diferencia de la punzada en las cervicales, la rabia tal vez nunca disminuiría.

Marcharse e intentar vivir con el regusto amargo de una tarea inacabada parecía ser la mejor opción a esas alturas, pero

la anciana tenía una razón poderosa para seguir soportando la silla desvencijada: la muchacha.

Ofelia la distinguió como la única ocupante de la fila dispuesta para los familiares de la difunta. Tan estática como la anciana, la joven mantenía la mirada baja y se distinguía el cuello mal doblado de su vestido negro. El sacerdote tuvo que llamarla dos veces para captar su atención: «Yzayana, Yzayana». La anciana la siguió con la mirada mientras la chica se paraba frente a todos y pronunciaba un discurso.

Las palabras de Yzayana provocaron en Ofelia Barozzi un escalofrío, una anomalía en su voluntad. La voz de aquella chica le picó el corazón como un pájaro carpintero y tocó un nervio profundo y sensible. Le arrebató la tranquilidad, la frialdad, todo...

«Debo repudiarla», se dijo, porque era lo natural, porque había odiado a la madre, y madre e hija encajaban en el cliché de las gotas de agua: eran idénticas. La misma cabellera negra recogida en un par de trenzas, la piel marcada por el mestizaje, los pómulos casi felinos, las cejas desafiantes. Ambas tenían ese *algo salvaje* que a cualquiera le provocaba retroceder un paso. No obstante, cuando se colocó bien las gafas y la examinó con más atención, encontró en los rasgos de la muchacha los de Marcus Barozzi, el hijo de Ofelia. Presentes estaban en el rostro de Yzayana, como presentes siempre estaban en los pensamientos de la anciana. Eran las facciones de un joven ingenuo que las garras de un monstruo habían destrozado.

Y los ojos...

«No puedo ignorar esos ojos dorados», se dijo, porque eran el par de estrellas jóvenes que a Marcus le habían sido arrancados de las cuencas. Eran la prueba del lazo de sangre que muchacha y anciana compartían. Yzayana Amaru era, indudablemente, la hija de Marcus, la nieta de Ofelia. La última heredera de una maldición.

La anciana quiso odiar al fruto de la maldad de su enemiga, pero no pudo. Yzayana era una víctima y Ofelia se preguntó si podría protegerla de las sombras que se cernían sobre ella.

¿Sería capaz de presentarse como su abuela y revelarles la dolorosa tragedia que se ocultaba tras su nacimiento?

El abogado le había dicho que la muchacha desconocía las circunstancias infames en las que había sido concebida. Revelarle un secreto como ese no solo era cruel, la marcaría para toda la vida. Lo más piadoso era abandonarla a su suerte y que nunca descubriera la verdad.

Ofelia se levantó. A sus espaldas esperaba un Cadillac reluciente que la llevaría de regreso al hostal y al silencio que sepultaría el secreto más doloroso de su existencia. Dos caminos. Una decisión. Enfrentar o escapar. Ir hacia adelante o retroceder. Retroceder o ir hacia adelante...

Caminó, de eso fue consciente. Se apoyó en su bastón y caminó por el césped amarillento. Sus pasos se detuvieron junto a la tierra que esperaba ser arrojada sobre el féretro. Se encontraba tan cerca de su enemiga que le repugnaba, pero, al mismo tiempo, estaba tan lejos de ella que la eternidad no bastaría para volver a encontrarlas.

—¿Cómo te sientes?

Yzayana estaba tan absorta mirando la tierra que ni siquiera se giró hacia quien le hablaba. Era una pregunta absurda, de todas formas, tan absurda que a continuación sucedió lo que Ofelia temía. La muchacha cayó de rodillas como si hubieran dejado de aguantar su peso. La anciana le puso la mano en el hombro, intentando reconfortarla, y sin saber qué más hacer o decir, como si la adolescente fuese ella y no su nieta, dejó escapar aquello que la atormentaba.

—Tu madre vivirá en ti, no morirá jamás.

—Ese es el problema —pronunció Yzayana sin dejar de temblar—. Se ha marchado para quedarse por siempre.

Los temblores crecieron, los asistentes las rodearon, murmuraron mil consejos, pero nadie actuó. Ofelia enjugó la frente de su nieta y notó que tenía fiebre. Pidió un doctor. Los temblores cesaron, pero solo porque Yzayana se desmayó.

Estaban en un salón privado del hostel. Los ojos dorados de Yzayana, antes perdidos en la oscuridad de sus propios párpados, examinaban la habitación como descifrándola.

A la anciana, esa mirada la asustaba.

¿Había sido un error traerla consigo?

Ver a su nieta desmadejada al borde de la fosa, con los ojos dorados cerrados al mundo, fue recordar a Marcus, sus soles apagados para siempre. Al final, el miedo la empujó a actuar. Fue el miedo de que la muchacha compartiera el destino de su padre.

Sin embargo, cuando Yzayana despertó, Ofelia no tuvo el valor para contarle la verdad. No pudo decirle: «Soy tu abuela. He venido por ti. No estás sola». Guardó silencio sin saber el peso que tendría esa decisión a futuro. Lo que sí sabía era que debía llamar al abogado e informarle de que no le contaría la verdad a la muchacha, no todavía.

El abogado era un hombre alto con la mitad del cráneo atacada por la calvicie. Vestía de negro y, cuando llegó, no tardó en extender los papeles sobre la mesa y los leyó en voz alta.

—Te heredó todo... —le dijo a la muchacha.

Aunque con «todo» se refiriera a una cabaña destartalada en las montañas, a un viejo *jeep* que día arrancaba y día no, y a las regalías por unos libros que nunca habían figurado, ni de lejos, en la lista de los *best sellers*.

—... pero lamento decirte que pasarán a tu nombre cuando cumplas los dieciocho años. Están en un fideicomiso. Como sabes, tu madre tenía muchas deudas y no quiso arriesgarse a que la embargaran a su muerte.

—¿Y eso significa...?

—Significa que tienes dos opciones: puedes quedarte en el pueblo y esperar a que Servicios Sociales se haga cargo de ti o puedes marcharte con la señora Barozzi, aquí presente. —La anciana intentó sonreír—. Ella es la directora de la Academia Barozzi de Artes y Ciencias...

—¿La qué?

—La Academia Barozzi de Artes y Ciencias —repitió la anciana—. Imagino que nunca has escuchado de ella.

La muchacha lo confirmó.

—Es una de las instituciones educativas más prestigiosas de todo México —añadió el abogado como si esa información la conociera todo el mundo—. El fideicomiso contiene una cláusula donde se especifica que, si la señora Barozzi se convierte en tu tutora legal, los bienes de tu madre pasan a ser el pago por los años que se hará cargo de tu educación. Terminarás tus estudios como interna de la academia y ella te ayudará a conseguir una beca en la universidad de tu preferencia.

La muchacha traspasó a la anciana con una mirada sospechosa.

—¿La Escritora la escogió como mi tutora? —preguntó.

—¿La escritora?

—Mi madre, Ylari. No le gustaba que le llamara «madre», prefería que usara su nombre o que le dijese «escritora».

—La Escritora, como la llamas, me escogió para tu tutela, así es.

—¿Por qué? —insistió Yzayana—. ¿Qué tiene que ver usted con ella?

—Ylari estudió en la Academia Barozzi. Allí nos conocimos. Supongo que, como antigua interna, pensó que era el mejor lugar para que continuaras tus estudios. Me gustaría darte una respuesta más concreta, pero la verdad es que tu madre no detalló sus motivos. Le dejó, al abogado aquí presente, una carta muy escueta.

—¿Puedo verla?

Los adultos se miraron entre sí y la anciana asintió. El hombre extrajo el documento del maletín y se lo entregó a Yzayana. La adolescente lo examinó. La carta redactada en máquina de escribir daba instrucciones específicas sin recaer en ningún sentimentalismo.

La muchacha se la devolvió al abogado y dejó caer la nuca contra el filo del respaldo de la silla. La anciana notó que tragaba saliva y los ojos se le habían empañado.

—¿Es cierto que me ayudará a entrar en la universidad que yo elija? —preguntó con la voz temblorosa.

—Siempre que mantengas un buen promedio —recalcó Ofelia.

—¿Pero lo hará?

—Lo haré.

—¿Lo promete? No importa la carrera que escoja.

—Lo prometo.

La muchacha se quedó pensativa y la anciana casi deseó que declinara la propuesta, así no tendría que decirle la verdad, podría huir y enterrar el secreto una vez más, tal vez para siempre.

—Iré a la academia —decidió Yzayana. No sabía que estaba sellando el contrato de una tragedia. Ofelia tampoco lo sabía.

—Perfecto. —El abogado sonrió mecánicamente—. Necesito que firmen aquí y aquí.

Más tarde, fuera del alcance de los oídos de Yzayana, el hombre interrogó a Ofelia:

—¿Cuándo piensa decírselo?

—¿Qué cosa?

—Que es su abuela.

—Se lo diré cuando sea oportuno.

—Pero señora...

—¿No cree que la muchacha ha sufrido lo suficiente?

—No tiene que decirle toda la verdad si no quiere. En este momento nada la reconfortaría más que conocer a su abuela y al resto de la familia.

Ofelia casi bufó.

—¿No se dio cuenta de lo inquisitiva que es? —soltó—. Es tan inquisitiva y desconfiada como lo fue su madre. Si le revelo una parte de la verdad, no descansará hasta llegar al fondo y eso solo la dañará. Es muy joven para entender ciertas cosas. Le pido que haga el favor de confiar en mí y mantenga la boca cerrada.

—Así lo haré, señora. De todos modos, Ylari Amaru tampoco estaba interesada en revelar sus secretos.

La anciana se estremeció al oír aquel nombre.

—Ylari Amaru estaba loca —siseó—. Huyó todos estos años para qué, ¿para terminar ofreciéndome a su hija en bandeja de plata? ¿Por qué me dejó la tutela si me odiaba tanto?

—Tal vez confiaba en que usted no odiase a su nieta. —El abogado se abotonó el abrigo. Estaban fuera de la posada y el viento frío calaba en los huesos.

—No lo sé, pero aquí hay gato encerrado.

—Lo que hay es una muchacha que ha vivido en las montañas toda su vida. Este pueblo es lo único que conoce. Es huraña, como una flor del páramo. Necesita tratarla con tacto.

—¿Cree que no sé cómo lidiar con una adolescente?

—No he dicho eso, señora...

—Le pido que no se entrometa en mis asuntos y se preocupe por trabajar en lo que acordamos. Necesitamos contactar a las personas adecuadas.

Cuando el hombre se marchó, la anciana aprovechó para llamar a Liliam. Había postergado el momento tanto como había podido, pero ya no podía dilatarlo más.

Liliam se mantuvo en silencio. Solo su respiración, a ratos entrecortada, era la prueba de que estaba al otro lado de la línea. Al final, dijo:

—El pasado siempre regresa por nosotros.

Fue un susurro apenas audible, pero la anciana se estremeció. Se dio cuenta de que había algo más de qué preocuparse. El pasado no regresa, se repite, y Ofelia Barozzi no estaba segura de poder hacerle frente una vez más.

1

Un libro que se desangra

Poco recuerdo de mis últimas horas en la cabaña. Hice un centenar de cosas, de eso estoy segura, pero ninguna se registró en mi memoria con la claridad que hubiera querido. Hay destellos, como burbujas de gaseosa que escalan raudas a la superficie y explotan.

Solo eso.

Momentos.

Yo era una burbuja en ese entonces, vacía y silenciosa. Buscaba salir de un mar de tormento y no sospeché que al final naufragaría.

Ofelia Barozzi me vigilaba de cerca. Tal vez intuía que yo era una bomba de tiempo. Se movía por la cabaña como una bailarina deforme en una caja de música gigantesca. De sus labios arrugados se escapaban palabras que mis oídos registraban, pero mi mente no comprendía. Hablaba en la lengua de las cosas comunes y yo había perdido la capacidad de descifrarla.

—¿Vas a llevarte esto? —decía y yo asentía sin darle importancia.

Nada importaba lo suficiente.

Abandonar el pueblo era algo que había querido hacer desde que la maestra nos hizo colorear un mapa, pero la decadencia de la Escritora me había impedido alejarme de su lado. Siempre me decía:

—¿Qué quieres del mundo? ¿Libertad? Afuera no hay libertad, es una ilusión creada por el capitalismo. A mi lado tienes toda la libertad que necesitas. ¿No lo entiendes todavía? Pronto lo entenderás...

Entendí que de su mano había salido la última frase de su historia y que en unos documentos legales había dejado un nuevo comienzo para la mía. Era una ironía que se hubiese preocupado por mi futuro cuando, a pesar de que mi cuerpo proviniese de su vientre, odiaba que la llamase *madre*. Su única hija era la literatura, su única responsabilidad, redactar. Paría letras, cobijaba cada una tras la máquina de escribir, las amaba o las odiaba, las nutría no con leche, sino con subterfugios de su mente, dialogaba con ellas. Si yo la interrumpía, montaba en cólera.

Pero fue decayendo con el tiempo. En sus ojos se consumió la chispa, las musas se escaparon por la ventana, se perdieron en el bosque; dejó de teclear hora tras hora, tampoco hacía gran cosa. Al llegar de la escuela, la encontraba ojeando un libro mientras caminaba de un lado a otro de la habitación como si estuviera nerviosa. Releía una página por semanas. Luego comprendí que no leía en absoluto, que ya no había nada que quisiera hacer. Si antes la inspiración la había devorado, fue un monstruo diferente quien la engulló después, otro el que consumió su mente y su alma.

—¿Estás bien? —le preguntaba.

—Nadie está bien, nunca.

Intenté sacarla de la cabaña, llevarla al pueblo, a la biblioteca destartalada, a la feria itinerante, que platicara con alguien más que conmigo, pero mis esfuerzos terminaban con ella diciéndome que las personas eran galletas en un empaque, que todas sabían igual, aunque tuvieran sus ligeras diferencias, que cada una era una digna representante del grupo y que a esos grupos los conocía de memoria. Le aburrían.

No pude luchar contra su continuo hastío por todo y por todos. Era como intentar caminar a través de un manto de nieve que te ha sepultado hasta los hombros. Terminé dejándola en casa. Cuando la furgoneta de la escuela pasaba por mí, la Escritora me despedía desde la puerta con una sonrisa y un movimiento de mano, supongo que no por gentileza, sino porque se alegraba de que la dejara sola, que la dejara en paz.

Y así pasó el tiempo...

Aquella tarde pudo ser como cualquier otra: la Escritora tendida en el sofá, con un libro sobre el regazo, los ojos perdidos, el silencio flotando entre nosotras. Pudo ser una tarde normal si las páginas del libro no se hubieran desangrado.

Parada en la puerta, con la mochila al hombro, el suéter del colegio arrugado, los zapatos manchados de lodo porque la mañana había estado lluviosa, aspiré lentamente el aroma de la sangre.

Metálico.

Hilos rojos corrían por el libro como si la historia entre sus páginas se desangrara. Lo tomé con las manos temblorosas. Leí un párrafo que estaba marcado con una huella roja: «Una mujer que se gana la vida como mujer pública, se merece más respeto que una mujer que se rebaja a escribir folletines o tal vez libros».

Corrí al pueblo, aunque sabía que era tarde. La ambulancia se abrió paso por el camino escarpado. Todo fue inútil. La hallaron tan muerta como la encontré yo. Tan fría y silenciosa como había estado desde hacía tantos años.

Nos marchamos de la cabaña a mediodía.

El coche traqueteó colina abajo y mi hogar se perdió de vista entre los árboles. Al pasar por el pueblo, me despedí de las calles con la misma indiferencia con la que las había recorrido. Unos compañeros del colegio me vieron pasar, estaban en el parque jugando basquetbol. Recordé los partidos que habíamos disputado, el único lazo que compartíamos. Al reconocirme tras

la ventanilla, levantaron la mano a modo de despedida, quién sabe si intuyeron que los dejaba por mucho tiempo o no, pero siguieron con sus vidas.

Intenté bajar el vidrio y aspirar por última vez el aire de la cordillera, pero la anciana me advirtió que el viento frío le provocaba dolor en los huesos. Suspiré y contemplé el mundo tras el cristal, les dije adiós a los pequeños detalles. Una extraña melancolía punzaba en mi corazón. En los últimos años todo lo que había querido era dejar atrás esas montañas, era ridículo comenzar a añorarlas en el momento que lo conseguía.

Nadie añora una jaula.

La anciana viajaba conmigo en el asiento trasero. Me soltaba frases genéricas, pero sus palabras se descosían en mis oídos. La miraba fijamente, como si en verdad me interesara lo que estaba diciendo, pero lo único que registraba mi cerebro era el color de sus ojos tan verdes que rivalizaban con el bosque. Examiné la cicatriz que le partía la cara y hacía juego con su prominente joroba y su cojera. Parecía una criatura de cuento de hadas, pero nada estaba más alejado de la realidad.

—¿Qué le pasó en la cara? —No me contuve.

—Un accidente —soltó severa.

Subimos, bajamos y seguimos bajando hasta que la carretera se convirtió en avenida y los coches se multiplicaron. Nos engulló la penumbra y cientos de luces bailotearon al ritmo de una danza desconocida pero ordenada que a momentos me cegaba. Las montañas se convirtieron en gigantes azulados, dormidos en el horizonte.

—Demasiado tráfico —murmuraba Josef, el chofer.

Una llovizna se transformó en tormenta. Una brisa en ciclón. Otras fueron las montañas que se iban acercando a nosotros. ¿Había escapado de unas para internarme en otras? ¡Qué ironía! La ciudad surgió en medio de la cordillera, imponente y larga como un cuchillo. Aplasté la nariz contra el vidrio helado y observé los edificios que tocaban las nubes. Comenzaba a impacientarme. ¿Dónde estaba la academia? ¿Cómo era? ¿Cuánto faltaba para llegar?

Ascendimos por una colina de calles empinadas. Las propiedades se espaciaban cuadra tras cuadra, sus altos muros parecían indicar que resguardaban grandes tesoros. Casi en la cima, las casas desaparecieron y se extendió un bosque de sombras arboladas. De la nada, apareció un portón enrejado que se partió en dos para dejarnos entrar. El coche se deslizó entre setos y árboles; se abrió paso por olas de agua encharcada hasta rodear una fuente y detenerse frente a una escalinata. Los rayos esbozaron la fachada de una hacienda mexicana de dos pisos, con los muros infestados de enredaderas, los techos a dos aguas y los ventanales rematados por arcos de medio punto.

Josef nos abrió la puerta y extendió un enorme paraguas sobre nuestras cabezas. Subimos por las escaleras y nos internamos en un vestíbulo de paredes de piedra, techo alto rematado por enormes travesaños de madera oscura, columnas blancas que terminaban en arcos y una suntuosa escalera bicéfala que se perdía en pasillos del segundo piso que apenas pude observar. Del techo colgaban candelabros que lo iluminaban todo, pero lo que logró llamarme la atención fueron las estatuas de bronce de tres mujeres que extendían los brazos al cielo, sosteniendo entre ellas una lira dorada. Debajo, en el piso de mármol, estaba el escudo de la academia, que tenía la siguiente leyenda:

«*Nam et ipsa scientia potestas est*».

—El conocimiento es poder —recitó la anciana cuando le pregunté el significado y sus ojos verdes me traspasaron, como si esperase que de mí brotara alguna cosa, pero yo era tierra estéril, un desierto de sal—. Debes de estar hambrienta —añadió ante la ausencia de palabras, pero la presencia de ruidos estomacales—. Vamos al comedor. —Consultó su reloj—. Llegamos a mitad de la cena.

Quise decirle que no tenía hambre, que ni siquiera sabía si volvería a tenerla alguna vez, pero, con palabras severas y paso decidido, me condujo por debajo de la escalera bicéfala y salimos a un gigantesco jardín interior que rodeamos por el perímetro de columnatas que nos protegían de la lluvia.

Un murmullo de voces femeninas precedió nuestra entrada al comedor, un salón alargado de grandes ventanales por donde se filtraban los rayos de la tormenta. La anciana golpeó tres veces el suelo con el bastón —toc, toc, toc— y fue como si el sonido se extendiese igual que una ola silenciadora. Segundos después, todas las chicas se habían levantado —luciendo sus elegantes trajes plumizos— y, cuando el ruido de sillas cesó, saludaron casi al unísono:

—Buenas noches, directora Barozzi.

—Buenas noches, alumnas. Prosigan, por favor.

Las chicas se sentaron —la espalda recta, las rodillas juntas, la servilleta blanca sobre las piernas— y reanudaron la cena. Los murmullos volvieron poco a poco, aunque menos vivaces que antes. Ojos de diversos colores me examinaron, pieles más pálidas que la mía dominaban el paisaje. La anciana me llevó hasta el *self-service* y atiborré mi bandeja con lo que me pusieron enfrente. Una vez en la mesa, me perdí en el fondo de la sopa humeante. Bien podría haber sido una sopa de letras, pues las palabras que murmuraba la anciana caían en el líquido al igual que todos mis pensamientos.

—... lo que hizo tu madre fue terrible —la escuché decir y levanté la mirada por primera vez desde que nos sentamos—. Nunca encontraré las palabras adecuadas para consolarte, tal vez nadie las posea, pero debes saber que no tienes la culpa de lo que pasó.

Los ojos me escocieron.

—La academia es tu nueva casa —continuó diciendo sin percatarse de mi reticencia—, somos tu familia. Ese peso que cargas no tienes por qué cargarlo sola. Ponlo en mis hombros y en el personal docente. Vamos a ayudarte...

Ansiaba decirle que se detuviera, quería que me enviara a mi nueva habitación y me dejara en paz. Eso sí que iba a ayudarme. ¿De qué otra forma podría? Nadie puede ayudarte a cargar un vacío. Tal vez el peso de una vida, ¿pero el vacío? Cuando todo se ha esfumado, ¿quién soporta la nada? En mi mente contaba, una y otra vez, las gotas cayendo del libro abierto, marcaban el

ritmo de un tiempo que se detenía, se doblaba, se derrumbaba sobre mí.

—... irás a terapia con la psicóloga de la academia...

A eso se resumía todo, a terapia, a pastillas, a no sentir. La Escritora decía que era mejor sentir cualquier cosa a no sentir nada, pero también decía que le aterraba la sangre y se había abierto las muñecas en canal. Me recordé apretándolas, intentando detener el goteo. La Escritora decía tantas cosas... Mi madre decía tantas cosas. Mi madre... Era mi madre y había muerto. Yo la había dejado morir. La había visto decaer, marchitarse, y no había podido ayudarla.

Clavé la mirada en la sopa.

«La comida no sabe a nada, la vida no sabe a nada. ¿Cuál es el sabor de las cosas? Dime, Yzayana, ¿tú aún lo notas?».

Estaba llorando. Los sollozos me golpeaban el pecho, mis dedos se movían sin destino.

—Por favor, quiero salir de aquí —mascullé, no como una petición, sino como una advertencia. Algo que iba más allá de mi cuerpo levantándose con violencia: la silla resonó contra el mármol, las miradas se giraron hacia el estruendo, mis pies encontraron la salida y atravesaron el jardín, mis ojos observaron el cielo a pesar de las gotas de lluvia. Seguí el curso de la tormenta y de los rayos. Deseaba brillar como ellos y desaparecer de igual manera, tan rápido, en un instante, sin dolor alguno. Caer a la tierra y esfumarme.